

El seminario „San José”, Cajamarca

por Miguel Garnett

Hacia los fines de la década de los setenta, monseñor José Dammert Bellido, el obispo de Cajamarca, decidió reabrir el seminario diocesano, cerrado durante años por falta de candidatos para el sacerdocio. Uno que otro joven se había presentado y estos fueren mandatos a estudiar en lugares como: Trujillo, Lima, o aún Bolivia. Pero repentinamente ocurrió el fenómeno de todo un grupo de jóvenes presentándose; mayormente hijos de los catequistas rurales.

La formación de catequistas para las zonas extensas del campo había sido una parte importante de la labor pastoral de don Pepe (como familiarmente le llamamos a monseñor Dammert), pero no se había pensado que esto podría resultar en la formación de vocaciones entre los jóvenes de la próxima generación. Por supuesto, hay una cierta lógica que las cosas sucedieran así y cuando varios jóvenes se presentaron ante el obispo, él se encontró en un dilema. Inevitablemente la formación de estos jóvenes sería costosa, pero también, dentro del panorama social del país, lo que un seminario en la costa del Perú podría ofrecer a un muchacho de la sierra sería alienante. Ya se sabía muy bien que todo el proceso educativo del país, y sobre todo en los niveles superiores, tendía a provocar un desprecio y un rechazo contra el mundo rural andino. Es triste observar como un joven sencillo e inteligente del campo puede convertirse fácilmente en un “doctorcito”, incapaz de ensuciarse las manos con un trabajo manual, y mirando con desprecio hasta a sus propios padres y hermanos. Esto sucede en las universidades y también en los seminarios. A don Pepe no le caía en gracia la idea de que los hijos de sus amigos, los catequistas rurales, resultaran - como se dice aquí - ser unos “pituquitos”. Por otro lado, había el problema de cómo abrir de nuevo las puertas del seminario, cerradas hacía más o menos veinte años. El local estaba alquilado, los muebles y enseres dispersados, y por encima de todo, había la necesidad de conseguir los formadores y el personal docente. Sin embargo, el obispo decidió lanzarse a la aventura.

La visión que inspiraba a don Pepe fue lo que San Agustín había realizado en el siglo quinto, a decir, la creación de una comunidad en torno al obispo; y optó por dar inicio a su obra en algunos ambientes del mismo obispado. Don Pepe no tuvo la idea de levantar una infraestructura material y luego llenaba con los postulantes para el sacerdocio, sino más bien, acoger a los postulantes en los espacios que ofrecían el obispado y ampliarlos después, de acuerdo a la necesidad.

1. Formadores y enseñanza en el seminario

En cuanto al personal, para los cursos básicos, que tendrían la finalidad de reforzar los estudios secundarios, no había mayor problema porque había en la ciudad de Cajamarca profesores y profesoras de las especialidades y muy dispuestos a colaborar con la obra del obispo. Más difícil fue conseguir los sacerdotes necesarios para la formación, pero ya por el año 1982 quedó conformado un pequeño equipo que consistía del padre Jorge López Vignand, sacerdote diocesano de Lima con doctorado en Derecho Canónico; del entonces hermano (más tarde sacerdote) Felipe Cogorno, doctor en sociología, que trabajaba en la universidad de Cajamarca, y el que escribe, sacerdote diocesano de Westminster (Londres, Inglaterra), con maestría en artes de la universidad de Oxford y licencia en filosofía de la Universidad

Gregoriana en Roma. Mientras el obispo mismo cumplía las funciones del rector, el padre Jorge era el vice - rector, el hermano Felipe el director de estudios, y yo el director espiritual. Me parece que el equipo era bastante sólido y serio. Compartimos la visión de ofrecer una formación académica seria y de buena categoría - y es mi opinión que los resultados posteriores han comprobado que esto se logró. Los dos sacerdotes tuvimos ya bastante experiencia en la vida de parroquia tanto en el ambiente urbano - popular como en el campo rural cajamarquino. En cuanto a la formación espiritual, se intentó ofrecer a los estudiantes una base amplia de la espiritualidad de la Iglesia latina, integrada en la situación concreta de la serranía peruana.

Desde el inicio, don Pepe se dio cuenta de que sería imposible ofrecer toda la formación filosófica y teológica en Cajamarca porque no había en la diócesis sacerdotes con todas las especialidades requeridas. Entonces, se optó por la formación filosófica y bíblica que sí pudimos dar y era nuestra esperanza que ya habría una base suficientemente fuerte para afrontar las “tentaciones” que podría ofrecer la costa durante la formación teológica. En esto, creo que acertamos y recuerdo una carta de uno de los estudiantes que me parecía graciosa porque escribió: “Miguel, tú no puedes imaginar cuán horrible es una gran ciudad como Lima”. ¡Parece que el estudiante se había olvidado que yo nací en una gran ciudad! Sí, para la teología mandamos a los estudiantes al ISET (Instituto Superior de Estudios Teológicos), creado principalmente para ofrecer una formación académica a los miembros de las congregaciones religiosas. El ISET iba a caminar por si propio via crucis mientras nuestros estudiantes estuvieron allí, pero, a pesar de esto, los jóvenes cajamarquinos se desempeñaron bien.

En cuanto a residencia y vida comunitaria, los estudiantes de Cajamarca compartían en la “casa interdiocesana” con jóvenes de Huacho (costa), Sicuani (sierra sur) y Pucallpa (selva). Esperábamos que esto sería una experiencia enriquecedora y, mayormente, creo que fue así.

2. Los dos problemas fundamentales del seminario

Cabe notar aquí dos problemas que posiblemente han sido los factores más sobresalientes en lo que podemos considerar como el fracaso del proyecto de don Pepe en cuanto a la formación sacerdotal para Cajamarca. El primero de estos problemas fue la falta de apoyo de parte de algunos miembros del clero y de algunos obispos influyentes, y el segundo fue un conjunto de consideraciones en torno a la procedencia de los estudiantes y de la figura del sacerdote andino.

Veamos estos dos problemas.

Con respeto al apoyo al seminario de parte de otros miembros de la jerarquía y de parte del clero de la diócesis, había un respaldo de las personas que compartían las ideas y la visión de don Pepe. Pero no es ningún secreto que habían aquellas personas que veían con muy malos ojos todo lo que él debía hacer. Quizá el incidente más resaltante en cuanto a esto ocurrió cuando don Pepe celebró sus bodas de plata de ordenación episcopal. Para esta celebración se presentó en Cajamarca el arzobispo de Trujillo, monseñor Manuel Prado Perez-Rosas, que fue también presidente de la Comisión Episcopal de seminarios. Unos días antes, don Pepe me alcanzó una carta escrita por monseñor Prado que contenía una serie de acusaciones contra el equipo de formadores en el seminario. Después de leer la carta, comenté: “El que no peca por ser indeseable peca por ser incompetente y viceversa”. Obviamente las acusaciones salían del mismo clero cajamarquino, pero a la vez mostraban bastante ignorancia con respecto a los integrantes del equipo. En mi caso, la carta decía que no era más que “un simple cura rural”.

Menciono este incidente para ilustrar que con mucha ligereza se lanzaba ataques contra los formadores escogidos por don Pepe, ataques que eran aceptados con facilidad por el mismo metropolitano. Este ambiente iba a durar hasta el cierre del seminario como “seminario mayor” a fines de 1994. Creo que no sería una exageración decir que una mezcla de celos y miopía rodeaba el seminario, y esto, a mi parecer, era un fiel reflejo de las actitudes mostradas hacia la persona del mismo don Pepe. Probablemente se podría decir que el “gato encerrado” aquí fue el tema espinoso de la teología de la liberación. Como tantos conflictos en la Iglesia, cuando se considera que “la verdad está en peligro de perderse”, o cuando “estoy luchando por la causa del Señor”, se dejan de lado las reglas de un debate civilizado y abierto y se hace recurso a métodos que hacen pensar en la “Santa Inquisición”. No dudo que aquellas personas quienes se oponían a la labor de don Pepe lo hacían por motivos nobles, pero lamentablemente los métodos que usaban no esclarecían nada y sólo servían para crear un ambiente de sospechas y dudas. Mucho más tarde, cuando llegó monseñor Angel Francisco como Administrador Apostólico en 1992, me enteré de la cantidad de denuncias que había en la Nunciatura en Lima, porque él mismo me lo dijo la primera noche que estuvo en Cajamarca alojado por mi en el seminario.

En el año 1991, cuando don Pepe era ya el presidente de la Conferencia Episcopal, recibimos la visita del Arzobispo de Concepción, Chile. El estaba comisionado a visitar a todos los seminarios del norte del país, mientras un obispo argentino visitaba los del sur. Me han dicho después, que el arzobispo recomendó el cierre de nuestro seminario, aunque en ningún momento he visto un documento al respecto, ni tampoco me lo dijo el actual Obispo de Cajamarca, el mismo monseñor Angel Francisco que sucedió a don Pepe, primero como Administrador Apostólico, en diciembre de 1992. Muy bien puede ser la verdad. Yo sentía que el arzobispo nos veía como “un nido de la teología de la liberación” y subsecuentemente, en marzo de 1995 cuando tuve una entrevista muy desagradable con el Nuncio Apostólico, sacaba la conclusión que esto era nuestro gran pecado.

Ahora, el tema de la teología de la liberación es turbio, y muchas veces, completamente distorsionado. Es tratado como si se enseñara sólo una liberación socio-política; como si no tuviera ninguna espiritualidad; como si el celibato no tuviera ninguna razón de ser; como si la única expresión válida de la fe cristiana se encontrara en las comunidades de base y de la Iglesia popular, donde no hacía falta ningún obispo (ni tampoco, muchas veces, un sacerdote). Y así cosas por el estilo. Personalmente encontraba, y encuentro, esta visión como una tergiversación de un cristianismo que reconoce que dentro de la liberación del pecado hay una dimensión socio-política; e ignorar esto es tan dañino como es tomarlo como si fuera la única dimensión. Una espiritualidad que ignora la situación concreta del cristiano es algo demasiado etéreo e ilusorio, como lo explica muy bien San Francisco de Sales en su introducción a “La Vida devota”. Pretender que el celibato es un tema cerrado y que no admite de ninguna discusión es ser un avestruz con la cabeza bien metida en la arena. No reconocer el gran valor de las comunidades de base y de la Iglesia popular es crear una secta de élites y de ignorar aquella sabiduría expresada en el dicho antiguo: “Vox populi, vox Dei”. Además, el gran cardenal Enrique Newman, escribió durante el siglo pasado sobre la necesidad y el valor de consultar a los fieles con respecto a la fe y la doctrina; mientras en los tiempos patrísticos hubo ocasiones cuando los fieles sencillos preservaban la doctrina auténtica de la Iglesia - doctrina perdida o claudicada en las interminables discusiones de los “sabios”.

Lo que trataba de enseñar en el seminario era lo que encontramos en el evangelio cuando Jesús dice: “Todo maestro de la Ley que se ha hecho discípulo del Reino de los cielos se parece a un padre de familia que de sus reservas va sacando cosas nuevas y cosas antiguas” (Mt. 13,52). No sólo teníamos que abrazar el auténtico depósito de la fe y las enseñanzas del magisterio eclesial, sino también respetar y comprender las costumbres y las tradiciones que

podríamos encontrar en nuestras parroquias y comunidades andinas. Pero, al mismo tiempo era necesario, reconocer que vivimos a fines del siglo XX, y no en el siglo XII. Que teníamos que estar abiertos a las corrientes de la ciencia y de la filosofía., o pagar el precio implicado en cerrarnos, que sería el de convertirnos en una secta de gente rara y anacrónica.

En cuanto al segundo problema, el de una comprensión profunda de la situación socio-psicológica de los estudiantes, creo que el mismo equipo formador, del cual fui miembro desde 1982 hasta 1994, tuvo su propia ceguera. Ninguno de nosotros era de procedencia muy humilde o de la sierra. Claro está que sabíamos de la imagen proyectada mayormente del sacerdote andino sea por la labor literaria de Clovinda Matto de Turner o sea por aquella de Manuel Gonzáles Grado - una imagen totalmente negativa de una persona ignorante, abusiva y viciosa. Dado que esto nada tenía que ver con nuestra propia experiencia creo que no prestamos suficiente atención a los elementos constitutivos en el trasfondo familiar y social, más tampoco en el carácter y la personalidad de cada estudiante que pudieron llevarlo rumbo a ser alguien con tintes de abusivo o vicioso. Obviamente, a mí no me toca juzgar a nadie, pero si estudiamos el proceso de cada estudiante subsecuentemente ordenado sacerdote, encontraremos una historia de malos manejos económicos, de actitudes abusivas hacia laicos y religiosas, y prevariaciones y claudicaciones en cuanto a la conducta personal. Creo que presumimos que los ideales implicados en el sacerdocio ministerial iban a motivar una superación de cualquier deficiencia de carácter. Esto lo digo porque uno de los estudiantes, que se encontró rechazado en el debate de abril de 1995 (sobre el cual escribiré más tarde), y que después logró ingresar a la orden dominicana, me lo dijo. No éramos ciegos a la problemática provocada por el celibato en las parroquias aisladas de los Andes (y en otros lugares también), pero presumimos que el joven que se presentaba para ordenación aceptaba “las reglas del juego”. El mismo don Pepe me dijo una vez, después de haberse jubilado: “Aunque hayamos hablado del celibato, los estudiantes nunca nos creyeron”. Además no dimos suficiente atención a la problemática del manejo económico. Estudiantes que procedían de hogares humildes y pobres, repentinamente se encontraban después de ordenación con la posibilidad de tener un auto y de manejar proyectos financiados desde el extranjero. En la práctica esto ha creado una situación que cumple con el dicho popular: “En arca abierta hasta el justo peca”.

Durante todo el tiempo en que yo estuve en el seminario, nuestra política fue de tratar a los estudiantes como adultos responsables y me parece que nos equivocamos. (Dicho sea de paso, no sé cual sea la alternativa porque encerrar al seminarista y tratarlo como si fuera una planta delicada, tampoco produce buenos resultados). Presumimos un nivel de madurez y de estabilidad económica que probablemente no tenían los estudiantes, y más tarde esto iba a provocar problemas muy serios en la vida de muchos.

Mientras no nos dimos cuenta de esta deficiencia de parte nuestra, mayormente la falla estaba disfrazada por el ambiente agradable del seminario, tanto en la vida comunitaria como en el conjunto de edificios que lentamente se iba levantando. Un visitante en 1993 me dijo: “Las vibraciones son buenas”. Creo que en general los estudiantes se encontraban felices y muchos han comentado después - sobre todo aquellos que no fueron ordenados - que su tiempo en el seminario fue un tiempo de mucha alegría y de provecho. Además gracias al apoyo de Adveniat y de amigos particulares, poco a poco se iba creando un ambiente físico de una belleza sencilla que vino a ser la admiración de muchos cajamarquinos. El arquitecto de los edificios fue Herbert Eichenlaub, alemán, que supo combinar una tecnología moderna con elementos muy tradicionales en las construcciones andinas.

3. La vida en el seminario

Cuando recién abrió sus puertas, y durante sus primeros años de vida, una de las críticas más duras lanzado contra el seminario era que los edificios no eran adecuados, y es cierto que durante mucho tiempo nos encontramos muy apretados y con la necesidad de compartir espacios no sólo con el obispado sino también con Caritas. No era nada fácil crear un ambiente conducivo al estudio y a la reflexión cuando tenías que competir con los cantos de los campesinos reunidos y el humo del horno de pan. Sin embargo, creo que mayormente lo aceptamos como una dimensión de ser miembros de una Iglesia pobre. Por supuesto esto chocaba con las esquemas de personas que optaban por otro estilo de Iglesia.

Cuando eventualmente el obispado pudo comprar algunos lotes de terreno colindantes - y que, dicho sea de paso, habían pertenecido a la Iglesia en el siglo XVIII y destinados en aquel entonces por el gran obispo, Jaime Baltazar Martínez Compañón, para la construcción de un seminario - todo cambió. Poco a poco se iban demoliendo las construcciones para reciclar la tierra, hacer adobes y levantar todo un conjunto armonioso de acuerdo con las necesidades del seminario. Los mismos estudiantes participaban en este trabajo, como también trabajaban en el fundo "San Luis", que era nuestra probiedad fuera de la ciudad de Cajamarca. Aquí se producían papas y verduras y había vacas lecheras.

No sólo se levantaron nuevos edificios sino también la hermana Zelma, canadiense, enseñaba a los estudiantes como aprovechar los materiales más sencillos y corrientes para crear pequeñas obras de arte y embellecer la vida. Como resultado, los estudiantes pudieron producir nacimientos hechos de piedras recopidas del lecho de un río, vitrales para la capilla hechas de fragmentos de vidrio roto encontrados por las calles y los basurales de la ciudad, y tarjetas, banderolas o pancartas para las fiestas y las celebraciones litúrgicas.

Sí, el seminario vino a ser uno de los centros de creatividad en la ciudad de Cajamarca. La obra teatral anual atraía bastante público y se comentaba del buen nivel alcanzado. El grupo musical partizipaba en encuentros de la música folklórica de la región. Y no se descuidaba de una partizipación en los partidos deportivos. Personalmente yo pensaba que era importante que el seminario sea un elemento constitutivo no solo de la vida espiritual de Cajamarca, sino también de la vida cultural. Creo que don Pepe compartía esa visión.

La dimensión espiritual incluía la Eucaristía diaria, la recitación diaria de Laudes y Vísperas, la meditación, la lectura espiritual, el rezo del rosario y la adoración del SS. Sacramento. Se participaba también en la liturgia de la catedral. Los días viernes se celebraba la Eucaristía solemnemente para que los estudiantes tengan una experiencia vivencial de la plenitud de la riqueza del rito romano. Luego, a los fines de semana, iban a las parroquias para ayudar en las celebraciones y la catequesis. Dos veces al año - normalmente durante la Semana Santa y alrededor de la conmemoración de todos los difuntos - todos los miembros del seminario iban a las zonas aisladas de la diócesis para realizar una labor pastoral. Así, se esperaba lograr una integración del estudio académico con la práctica pastoral.

Como en Cajamarca hay varios centros de estudios superiores, yo sentía que era importante que el seminario esté relacionado con ellos. Don Pepe siempre hablaba de su propia experiencia de encontrar su vocación sacerdotal a través de la Acción Católica de los años treinta y mencionaba, con mucho respeto, a algunas personas laicas y prominentes en el país que eran de una fe profunda y una práctica religiosa admirable. El siempre había mantenido una buena relación con la Universidad de Cajamarca y, gracias a las gestiones realizadas por el padre Felipe Cogorno, se logró firmar un convenio con la universidad de mutuo reconocimiento de estudios y de uso de facilidades, como las bibliotecas.

La biblioteca del seminario se encontraba en un edificio levantado gracias a la ayuda económica de la diócesis de Colonia, Alemania, y tratamos de asegurar que habían libros buenos. Dedicamos algunos recursos a pagar a una señorita exclusivamente para trabajar en la

confección de un catálogo científicamente elaborado y, con la firma del convenio, abrimos una pequeña sala de lectura que daba a la calle. Esto permitía que los estudiantes universitarios pudieran tener acceso a la biblioteca sin tener que entrar en el seminario. Con esto, esperamos cumplir con el convenio y ofrecer un pequeño servicio a la colectividad.

En resumidas cuentas, fue siempre mi deseo que el seminario formara parte integral de la vida espiritual y cultural de la ciudad de Cajamarca. Uno de los temas que trataba de profundizar con los mismos seminaristas era aquello de relación entre el cristiano y el “mundo”. Yo indicaba que, según el evangelio de San Juan, el cristiano tenía que vivir en el mundo, pero no ser mundano; y que, lamentablemente, de lo que yo veía en muchos casos eran cristianos - sobre todo sacerdotes y religiosos - que vivían fuera del mundo, pero con valores y actitudes muy mundanos. Quería hacer realidad lo que escribe el autor de la carta a Diogneto cuando dice: “los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por sus costumbres.... Viven en ciudades griegas y bárbaras, siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en vestir como en todo su estilo de vida y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble.... Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está el cielo.... Para decirlo en pocas palabras: los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo”.

Algo así fue la utopía mía y, como ya he dicho, fue bastante ingenuo de mi parte. Yo siempre esperaba que con la franqueza y la apertura se podía limar asperezas y solucionar problemas. Cada vez que iba a las reuniones de los rectores de los seminarios del país, escuchaba la queja de la falta de transparencia en los seminaristas. Esto lo comprendía en el contexto de una formación rígida, y yo mismo decía que sentía que la formación que yo había recibido había sido garantizado a producir el perfecto hipócrita. Una estructura de reglas que no se entienden provoca que uno las ve no como guías o ayudas, sino como obstáculos; y esto, a su vez, conduce a una actitud hipócrita. Yo esperaba evitar esto, tratando de hacer ver a los seminaristas que durante un período de formación era casi inevitable que uno cometa errores, pero que con el diálogo se podría superarlos. Ahora soy consciente de que en muchos casos me dejaba a ilusionar y engañar.

4. Crisis y cierre del seminario

Más o menos por el tiempo cuando hubo el cambio del obispo en la diócesis, yo me daba cuenta de que las cosas no andaban bien para algunos de los sacerdotes jóvenes. Sentía que hacía falta una instancia para ayudar a los recién ordenados. Habían problemas provocados por la incompatibilidad de caracteres en algunos casos; había una situación económica un tanto caótica en la cual algunos sacerdotes se encontraban con ingresos irrisorios y otros con acceso a fondos de proyectos; había también el problema del terrorismo que creaba fuertes tensiones para algunos sacerdotes. Y no había en la diócesis una organización o una persona para ayudar a resolver estos problemas. El obispo ya era Presidente de la Conferencia Episcopal Peruana y se encontraba agobiado. Yo hice uno u otro pequeño intento de hacer algo y trataba, por lo menos, a escuchar a los sacerdotes que venían a conversar; pero no era suficiente y los problemas aumentaban. Yo sentía que el interior del seminario era una isla de calma y relativa felicidad en comparación con la situación exterior en la diócesis. Más tarde, y demasiado tarde, me di cuenta que éramos pasajeros de primera clase en un “Titanic”. Exactamente cuando chocamos contra el tímpano de hielo no sé, pero, como el capitán de aquel transatlántico, cuando me di cuenta era demasiado tarde y el barco se hundía.

Aparentemente todo seguía igual en el seminario cuando vino el cambio del obispo y yo continuaba trabajando al frente de la institución durante dos años más. Seguíamos construyendo, y aún cuando yo salí en enero de 1995 los constructores estaban trabajando. Al

inicio de su gestión en la diócesis, monseñor Angel Francisco se alojaba en el seminario y yo lo aseguraba que estaba plenamente a sus órdenes.

Al inicio de 1993 hubo un susto cuando monseñor me dijo que el Nuncio le había informado que el seminario tenía que cerrarse. Sin embargo, esto no sucedió. Yo me fui a Lima con la intención de acompañar a monseñor a hablar con el Nuncio, pero resultó que el obispo habló a solas con él y luego me dijo que no me preocupara. Más tarde en el mismo año, vino el Nuncio a Cajamarca y visitó el seminario. Fue en su presencia, la noche de la Fiesta de Corpus Christi, que el seminario presentó su última obra teatral, “El gran teatro del mundo”, por Calderón de la Barca, en el Teatro Cajamarca.

El año siguiente, 1994, yo me encontraba solo como sacerdote y formador dentro del seminario. El equipo de 1982 se mantuvo más o menos durante seis años, aunque Felipe Cogorno estuvo ausente en Francia durante una parte de este período. Luego, a fines de 1988, el padre Jorge López volvió a Lima y yo pasé a ser el vice - rector. El padre Demetrio Byrne, irlandés y sacerdote de la diócesis de Cajamarca, vino a acompañarme. El se quedó hasta los fines del 1990. En 1991 yo pasé a ser el rector con el padre Jorge León Zevallos como vice - rector y el padre Felipe Cogorno al frente del programa de estudios. Mas tarde ese año, se incorporó el padre Segundo Valladares Guerra en el equipo. Luego, por una serie de circunstancias - pero no por ningún problema entre nosotros mismos - se iban retirando hasta que en 1994 yo me encontraba solo. Obviamente, esta situación era totalmente insostenible y contra las normas del Derecho Canónico. Sin embargo, durante los años 1993 y 1994 tuve la compañía primero de Pedro Terán Malca y luego de Walter Cruz Cruz (ambos actualmente sacerdotes de la diócesis) en calidad de administrador.

En mis conversaciones con el obispo, planteaba la necesidad de un cambio y de mi salida del seminario. Sentía que después de doce años estaba desgastado y que por el bien del seminario y por el mío propio, debería entrar un equipo nuevo. Monseñor me daba a entender que él estaba en conversaciones sobre esto, mientras tanto conmigo hablaba de la posibilidad de crear la instancia que hacía falta para ayudar al clero joven sostenerse fiel en el ministerio sacerdotal. La última reunión formal sobre este tema se realizó en el obispado de Chachapoyas en julio de 1994 - monseñor Angel Francisco era todavía sólo el Administrador Apostólico de Cajamarca y seguía siendo el obispo de Chachapoyas.

Fue el mes de setiembre que alguien me dijo que con mi salida del seminario al fin del año, se iba a cerrar y que los estudiantes irían al seminario de Jaén. Esta noticia me cogió de sorpresa y, como que tuve que escribir al obispo sobre otro asunto pendiente, mencioné esta noticia que me parecía ser simplemente un chisme más, de los muchos que siempre circulaban en Cajamarca. Además, le dije que en caso que sea verdad, era claro que ya no tenía confianza en mi persona y que esto auguraba mal por mi futuro en la diócesis. Nunca hubo ninguna respuesta, pero en los próximos meses vino a ser evidente que sí el seminario se iba a cerrar y que los estudiantes se irían a Jaén. El obispo me pidió que prepare un informe sobre cada estudiante y completé este trabajo en enero de 1995, mes en el cual salí del seminario.

En el mes de febrero, me encontré brevemente, y por casualidad, con mi sucesor en el seminario - que se convertía en seminario menor -, el padre Manuel Alvarez Zerpa, y me dijo que sospechaba que pocos de nuestros estudiantes estarían admitidos en el seminario de Jaén. Efectivamente así sucedió en el mes de abril. Como dijo un estudiante después: “Nos recibieron como en Domingo de Ramos y nos trataron como en Viernes Santo”. Lo triste de todo esto no es que no aceptaron a más que unos estudiantes , sino estaba planificado con anticipación, dejando a los rechazados “colgados”, porque ya era abril y demasiado tarde para postular para cualquier otro centro de estudios, sea eclesiástico, sea civil. Además era muy difícil comprender los criterios de selección. Aceptaron a un estudiante que dijo claramente que no tenía vocación y que ha ido simplemente porque el obispo había insistido. Rechazaron a otros que si tenían muchas indicaciones de tener vocación. Todo parecía ser un ejercicio

cínico y cruel con un grupo de jóvenes que no tenían por que pagar los platos rotos de cualquier discrepancia ideológica o de un cambio de política en la Diócesis de Cajamarca. Fácilmente se hubiera podido decirles en diciembre de 1994 que su permanencia como seminaristas en Cajamarca se había terminado. Lógicamente esto hubiera sido duro, pero por lo menos más limpio y honesto que lo que de hecho sucedió.

A simple vista, me parece que hubo una especie de ensañamiento contra todo lo que había sido el seminario “San José”. Por ejemplo, cuando algunos de los estudiantes rechazados en Jaén intentaron a matricularse en el ESER (Escuela Superior de Estudios Religiosos) en Cajamarca con la finalidad de ser profesores de religión, fueron informados que los estudios realizados en el seminario no valían y que tendrían que repetir los cursos. Esto llegó a tal extremo de lo ridículo que un estudiante me dijo que lo que él había estudiado conmigo durante un año no tenía valor y que tendría que tomar de nuevo el curso, que iba a durar dos semanas. ¡Cosa rarísima, porque nuestros estudios han sido aceptados sin mayor problema en Roma!

Hasta el día de hoy no puedo comprender porque había tanto rechazo al seminario. Durante mi entrevista desagradable con el Nuncio en febrero de 1995, él me habló de su visita a Cajamarca en el mes de octubre el año anterior. El Nuncio era nuevo en el cargo y había reemplazado el que nos visitó en 1993. Cuando el nuevo Nuncio había venido en octubre tanto yo, como los seminaristas, nos encontrábamos fuera de Cajamarca porque fue el tiempo de una salida pastoral al campo y solamente me había enterado de la visita cuando todo estaba organizado para nuestros viajes. Fue imposible cambiar la fecha de nuestra salida y entonces no estuvimos cuando vino el Nuncio. El luego me dijo: “Padre, yo no fui a Cajamarca con la intención de investigar sobre el seminario. El obispo ya había tomado la decisión de cerrarlo y estoy plenamente de acuerdo porque durante mi visita todo el mundo se quejaba del seminario”.

Nunca descubrí quienes eran “todo el mundo”. En repetidas ocasiones en las reuniones del clero yo había pedido que si había cualquier queja contra un seminarista, por favor me lo dijeran inmediatamente para poder tomar cartas al asunto. Hubo una que otra queja e investigué cada caso. Aparte de eso, nadie nunca me había dicho nada. Podría imaginar que alguien le haya hablado sobre “algunos seminaristas borrachos”, haciendo una confusión con los integrantes de la UNEC (Unión Nacional de Estudiantes Católicos), porque esto ya había sucedido en una u otra ocasión cuando estos se habían entusiasmado en una fiesta. Pero ya era demasiado tarde para investigar el asunto y sólo me quedé con esa triste sensación de lo que es a veces criticada como la debilidad cajamarquina: “Tirar la piedra y esconder la mano”. Como en el caso del mismo don Pepe, las quejas se habían ido de frente al Nuncio y evidenciaban la ignorancia de algunos católicos, sacerdotes o laicos, no sé, del principio de subsidiaridad, originalmente expuesto por el Papa Pio XI, en que no hay que tratar al nivel mayor lo que muy bien se puede tratar al nivel menor. Lamentablemente, nadie vino a hablar conmigo sobre los problemas del seminario y, entonces, en vez de llegar a una solución sencilla, todo fue destrozado.

Después del debate en Jaén, yo me sentía en la obligación de ayudar a los estudiantes rechazados, dentro de la medida de mis posibilidades - ya muy limitadas, porque yo había pasado de ser el rector del seminario a ser el vicario cooperador de él que había sido mi vice-rector. Pude lograr que algunos de los estudiantes siguieron sus estudios y formación para ser sacerdotes, pero esto ha tenido que ser en forma casi clandestina, muy a pesar mío, porque no me gusta actuar así; sin embargo las circunstancias lo han obligado. Cuando intenté a ayudar a un estudiante abiertamente y con el pleno conocimiento del obispado de Cajamarca, el resultado fue que el joven se encontró repentinamente despedido del seminario donde estaba, sin ninguna explicación. Felizmente, en este momento se encuentra estudiando de nuevo. En

una conversación que tuvimos me dijo que le habían hablado de una “lista negra” en la cual figuraban estudiantes que habían estado en el seminario de Cajamarca.

Sé que una de las acusaciones contra mi persona fue que yo era demasiado blando en mi política de admisiones al seminario. Diría en mi defensa que me parece imposible determinar sobre la vocación cuando un joven postula y que el seminario, especialmente en los primeros años, es un lugar de prueba y discernimiento. Además, cuando recibí a alguien que había estado en otro seminario siempre pedí un informe y siempre lo leí en presencia del interesado, diciéndole que estaba en condición de prueba. No acepté a todos que postulaban y en caso de encontrar a alguien que violaba seriamente las normas de comportamiento o de las actitudes que se esperaba de cualquier seminarista, no vacilaba en pedir su retiro de inmediato. Comprendo perfectamente bien que en un país como éste, donde reina el desempleo y la pobreza, habrán casos de personas que quisieran aprovechar de la Iglesia y de sus centros de formación. Por eso, los obispos y los superiores de las congregaciones tienen mucha razón en querer evitar en lo posible que esto suceda. Pero si el precio a pagar es el mal trato de personas sinceras en su deseo de probar la vocación o simplemente la pérdida de vocaciones, me parece demasiado alto. Por supuesto, para mi es muy triste ver cuántos de los sacerdotes que fueron ordenados, después de haber estudiado en el seminario “San José de Cajamarca”, han abandonado el ministerio. Sí la culpa por esto reside en la formación que recibieron - como me dio a entender claramente el Nuncio Apostólico - o en otros factores, creo que sólo Dios puede juzgar.

Me parece que la intuición que tuvo don Pepe en abrir las puertas del seminario y su estilo de sacerdocio fueron una gracia para la Iglesia de Cajamarca , y es una lástima que tan pocas personas han aprovechado aquella gracia a plenitud; pero de repente así es casi siempre con la gracia de Dios.....

Concluyo esta pequeña memoria con la plegaria que aquellos jóvenes que pasaron algunos años en el seminario y ahora se encuentran en otras casas de formación logren su propósito y que sean sacerdotes dignos del ejemplo que los dió don Pepe; y para aquellos jóvenes que no siguieron para ser sacerdotes o que dejaron el ministerio, que los años que pasaron en los claustros de “San José” les hayan sido entre los mejores de su vida.